

La construcción de representaciones de identidades juveniles en tiempos de globalización.

Algunas reflexiones epistemológicas, metodológicas y teóricas a partir de una experiencia de investigación

Emilia Bermúdez¹

Resumen

En el presente trabajo se recogen algunas de las reflexiones teóricas y metodológicas que se hicieron a lo largo de nuestra experiencia particular de investigación de tesis doctoral en torno a las maneras como, a partir del consumo cultural y en el contexto de espacios urbanos y globales como los malls, algunos grupos de jóvenes en la ciudad de Maracaibo, Venezuela, construyen las representaciones de sus identidades y diferencias. Se trata de un conjunto de ideas que ponen en evidencia la necesidad de repensar estas identidades desde una perspectiva cualitativa, compleja, transdisciplinaria y al mismo tiempo intuitiva, flexible, en donde se dé centralidad a las narraciones que construyen los jóvenes desde diversos lugares y temporalidades. Se concluye en la necesidad de dar impulso a las investigaciones empíricas para entender la lógica diversa y cambiante de las identidades juveniles y cuestionar las bases esencialistas y patrimonialistas con las que se ha pretendido examinarlas y que a nuestro entender se convierten en obstáculos para explicar las lógicas diversas de construcción de dichas identidades en tiempos de globalización.

Palabras clave: investigación, experiencia, identidades juveniles, globalización

¹ Socióloga, Doctora en Ciencias Sociales, Docente con categoría de titular en la Escuela de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad del Zulia, Venezuela, e investigadora responsable de programa de investigación sobre jóvenes en el Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos de la misma Universidad. E-mail: emiber@cantv.mex

Abstract

This paper discusses methodological and theoretical reflections that were made in our research experience of doctoral thesis on the ways in which some groups of young people in the city of Maracaibo, Venezuela, build representations of their identities and differences, in the context of cultural consumption and in the context of urban and global spaces such as malls. It is a set of ideas that highlight the need to rethink these identities from a perspective that is qualitative, complex and transdisciplinary and at the same time intuitive, flexible where is central to the narratives that young people construct from different places and temporalities. Findings suggest the need to give great impetus to empirical research in order to understand the diverse and changing logic of youth identities and the essential and foundational questions with which these identities have been examined and that become barriers to explain the different logics of construction of such identities in times of globalization.

Keywords: research, experience, youth identities, globalization

Introducción

Este artículo reúne algunas de las reflexiones teóricas-metodológicas que se realizaron en el trabajo de tesis doctoral titulado “*Malls*, consumo cultural y construcción de representaciones de identidades juveniles en Maracaibo, Venezuela”, cuyo objetivo general consistió en analizar cómo algunos grupos de jóvenes, en la ciudad señalada, construyen las representaciones de sus identidades y diferencias en un contexto de crecientes procesos de globalización y transformaciones de los espacios urbanos contemporáneos. En función de este objetivo se tomaron dos elementos centrales de análisis: por un lado, la apropiación que los jóvenes hacían de los *malls* y la tendencia creciente a convertirlos en sus espacios principales para la recreación y la socialidad; por el otro, los procesos de interacción y consumo simbólico que esos jóvenes establecen a partir de su encuentro en estos espacios. A partir de estos elementos se detectaron cuatro grupos de jóvenes distintos que de acuerdo a la propia clasificación que ellos establecían para reconocerse entre sí o diferenciarse se denominaron como: los “roqueros”, los “*skaters*”, los “*gays*” y los que se autodefinen como “normales” y que otros jóvenes denominan como “pavitos”, “fresitas” o “sifrinos”.

Tratándose de una experiencia particular de investigación no se aspira a recomendar ninguna fórmula ni generalizar, sino compartirla con otros estudiosos sobre el tema de tal forma que, a partir de la discusión y reflexión crítica de esta experiencia, se pueda contribuir a soportar el camino de investigación que otros han emprendido. Asimismo, llamar la atención sobre la necesidad de revisar las posiciones que de manera dogmática siguen pensando el problema de las identidades bajo una visión patrimonialista y esencialista que no permite mirar la complejidad de estos procesos.

Se hablará entonces, de la visión que se tiene acerca del conocimiento de un objeto que, a juzgar por la presente experiencia así como por lo planteado en otros estudios (Avello y Muñoz, 2002; Beck, 1999; De Garay, 1999; Feixa, 2003; Martín Barbero, 2002a; Zarzurri y Ganter, 2002; Muñoz, 2005), se torna cada vez más difícil de interpretar, debido al predominio de la complejidad de las

interacciones sociales y simbólicas producto de los procesos de globalización y la aparición de otros referentes para construir los procesos identitarios. En este sentido, se considerarán algunos aspectos de la discusión epistemológica que sostienen diversos autores de distintas disciplinas acerca del conocimiento en general (Baena y Montero, 1995; Balandier, 1975, 1999; Foucault, 1980; Geertz, 1995; Giddens, 1987; Luhmann, 1996) y sobre las identidades juveniles en particular (Maffesoli, 1997; Margulis y Urresti, 1998; Reguillo, 2000), además de las reflexiones a las cuales ha conducido la específica experiencia investigativa.

También se expondrán algunas consideraciones sobre el método de investigación y la perspectiva metodológica. Para finalizar, se presentan las conclusiones a que, acerca de los procesos de construcción de identidades juveniles en tiempos de globalización, nos condujo esta manera de abordar el conocimiento.

Complejidad y transdisciplinariedad en el conocimiento de las representaciones de identidades juveniles en tiempos de globalización.

Los procesos de construcción de identidades, y particularmente de las identidades juveniles, se han tornado cada vez más un objeto de estudio caracterizado por la complejidad por varias razones. Primero, porque se está hablando de un objeto cuyos referentes de construcción teórica se han puesto en duda para dar respuesta a nuevos y diferentes procesos de construcción de identidades que, como las juveniles, están caracterizados cada vez más por la transversalidad, la velocidad, lo efímero y por transformaciones en las ideas de espacio, historia, tiempo, comunidad, así como por cambios en las maneras de estar juntos y de construir la memoria colectiva. De hecho, en el caso de las identidades juveniles lo colectivo mismo se ha tornado distinto en la dimensión espacio-temporal y en los motivos de encuentro.

Segundo, porque en lugar de las características de unidad, homogeneidad y regularidad que se adjudicaba a las identidades, lo que predomina actualmente es lo contrario. Las identidades juveniles en los espacios urbanos y globalizados se construyen a partir de la diferencialidad y sobre un mundo de experiencias y contextos disímiles que limitan las generalizaciones acerca de esos procesos. Los procesos de globalización han acentuado además la presencia de sistemas simbólicos abiertos, permeados por los flujos de intercambio de símbolos venidos de espacios y lugares diversos, que hacen fútil el planteamiento de la dicotomía entre lo propio y lo ajeno y que dan paso a identidades cada vez más heterogéneas, frágiles e inestables. En este sentido, el prestar atención al contexto de producción de las representaciones de identidades juveniles se hace cada vez más relevante.

Tercero, porque se trata de identidades construidas sobre una lógica distinta a la lógica de la racionalidad moderna de largo plazo y de estabilidad, para tornarse diversas en sí mismas, al estar construidas sobre referentes que podrían ser considerados en dicha lógica racional como antagónicos (lo local y lo global, lo propio y lo ajeno, el territorio físico y el virtual) y sobre un tipo de socialidad fundada principalmente en la afectividad.

Cuarto, porque los procesos de representaciones de identidades juveniles están cada vez más contruidos sobre la base de una socialidad lúdica y afectiva que hace relevante el centrarse en el papel de la subjetividad en la construcción de esas representaciones y con ello el desafío de trascender los esquemas de interpretación de los paradigmas en los que predomina la objetivación.

Quinto, porque se está en presencia de múltiples representaciones por parte de sujetos diversos que imponen superar las formas de conocimiento que enfatizan la causalidad y la linealidad.

Desde esta forma de ver el “objeto de investigación”, y rompiendo con las maneras de leerlo desde algunas perspectivas académicas, políticas y de sentido común, es desde donde, epistemológicamente, se ubicó la investigadora en este trabajo, con la intención de buscar un camino que ayude a comprender las distintas maneras cómo los jóvenes construyen hoy las representaciones de sus identidades. Como lo plantea Maffesoli, “Una obra científica digna debe saber cuestionar todas sus certidumbres, incluso las más establecidas, y sobre todo las más seguras” (Maffesoli, 1997:45).

A partir de esa postura es que se sostiene que el conocimiento de las representaciones de identidades juveniles, como muchos de los objetos de investigación actuales, no puede ser abordado con la lógica de la racionalidad científica de los paradigmas tradicionalmente dominantes en las ciencias sociales. Se necesita replantear las maneras de pensar un fenómeno que desafía la lógica racional de la modernidad, siendo capaces de afinar el sentido de la intuición y de la interpretación para lograr el camino de la comprensión (Mafessoli, 1997).

Por ello, también se asumió, al adentrarse en el proceso de investigación, que debía abandonarse el pensamiento simplificador en el que lo uno y lo diverso no pueden ser concebidos como un mismo movimiento, y se valoró la necesidad de aplicar una perspectiva del conocimiento caracterizada por un pensamiento complejo (Morin, 1997) y por un enfoque transdisciplinario. Dicha manera de asumir el conocimiento para estudiar las identidades juveniles permite dar cuenta de la heterogeneidad, la contradicción, la ambivalencia que les caracteriza y poner en duda lo que a los ojos de la “racionalidad intelectual” ha tomado la forma de “irracionalidad”, “frivolidad” o “banalidad”.

Un pensamiento complejo es, según Morin (1997), aquel en el cual sujeto y objeto se vuelven mutuamente relacionados, son constitutivos el uno al otro, pero no en una relación de equilibrio sino profundamente perturbados el uno por el otro. El sujeto, al conocer, se transforma y es transformado en un sujeto reflexivo.

El desarrollo de un pensamiento complejo respecto a lo social va asociado a la ruptura de los enfoques del conocimiento articulados en torno a una determinada disciplina, porque el conocimiento no puede estar relacionado a un sólo marco teórico-metodológico ya que eso haría imposible el acceso a la comprensión de las múltiples formas y maneras de estar juntos y de las experiencias diversas y disímiles que viven los sujetos y, a partir de las cuales, construyen las representaciones de sí mismos y de los otros.

Pensamiento complejo y enfoque transdisciplinario, por sus propias características, forman parte de una postura de rechazo a las visiones que creen en la existencia y la necesidad de ceñirse a un único enfoque para producir el conocimiento. Se trata de un esfuerzo por pensar y producir conocimiento más allá de los límites que impone una u otra disciplina, especialmente en el mundo actual en que lo que reina no es precisamente el orden sino, para decirlo con palabras de Balandier (1999), “el desorden”, en el sentido de que lo simple se hace complejo, lo múltiple prevalece sobre lo singular, las temporalidades se cruzan y todo adquiere el carácter de transitorio, de lo instantáneo. Así, el “desorden” prevalece en la experiencia cotidiana de las generaciones jóvenes que viven en sociedades donde no hay certezas sino movimientos, cambios constantes y temporalidades diversas.

Por ello, es necesario un camino en la investigación que permita superar la separación individuo/sociedad, tradición/modernidad, simbólico/estructural, afectivo/“racional”, para pensar estos términos juntos, como parte de un mismo proceso que mantiene una relación de equilibrio/desequilibrio. Un camino que permita centrarse más en la naturaleza de lo que se estudia y menos en los métodos con los que se mide.

Como lo expone García Canclini (1995), el estudio de las identidades no puede ser hoy tarea de una sola disciplina debido a que –y en contra de la idea de identidades apuntaladas en el discurso de la tradición, del patrimonialismo y del naturalismo– ellas están soportadas en diferentes dispositivos culturales y se definen en múltiples lugares, lo que va dando paso a una mayor hibridación cuya comprensión amerita la intervención de teorías y métodos de diversas disciplinas.

Por supuesto, una perspectiva transdisciplinar pasa por despejar la duda legítima que sobre esto tienen investigadores como Follari (2001), quien, al criticar la justificación que hace García Canclini sobre la pertinencia de la perspectiva transdisciplinaria para los estudios culturales y para la investigación de fenómenos como el multiculturalismo, se hace la pregunta sobre si puede creerse plausible que la “síntesis” operada por un autor no sea aquella funcional a su propia y específica formación. En este sentido, la respuesta que desde esta investigación se dio es que, sin medir cuánto de plausible puede tener la síntesis de un investigador, lo cierto es que en problemas como el de las identidades, y en particular las identidades juveniles, no se trata de sumar varias disciplinas, sino que, conscientes de los desarrollos de los estudios de diversas disciplinas sobre un objeto determinado, se realicen esfuerzos para lograr una visión de totalidad –entendida en los términos de Mauss (citado por Cazeneuve, 1970)– que permita al mismo tiempo dar cuenta de los movimientos contradictorios y de las tendencias contrapuestas que caracterizan a la mayoría de los fenómenos sociales actuales.

En el caso de esta investigación en particular, se recurrió a la discusión e integración de aportes de la sociología, las ciencias de la comunicación, la semiótica, el urbanismo, la antropología (particularmente la etnografía) y la psicología social, para construir un marco teórico-metodológico que permita comprender los procesos de construcción de esas identidades como un todo que se compone y recompone continuamente entrecruzando universos simbólicos distintos, así

como temporalidades y lugares. Sin recurrir al aporte de esas diversas miradas disciplinares es casi imposible hacer la lectura de esos procesos.

Interpretación, comprensión y explicación en el conocimiento de los procesos de construcción de las identidades juveniles. Una perspectiva de análisis cualitativo

Entendiendo que las representaciones de identidades se construyen en un ámbito de interacción simbólica, se decidió optar por una perspectiva que diera centralidad a los sujetos que las construyen para, a partir de sus narraciones, interpretar, comprender y explicar lo que los jóvenes informan acerca del cómo construyen sus identidades. En este sentido, se asumió conscientemente que el papel de los investigadores no era poner en evidencia ninguna “realidad” fuera de ellos (los jóvenes), ni siquiera la “realidad de ellos”, sino que, tomando como punto de partida la observación de sus prácticas y sus relatos, se debía interpretar, comprender y explicar el cómo construyen sus identidades y diferencias.

Por supuesto, en este punto de partida se contó con un conocimiento y una teorización previa que permitió tener un referente inicial para poder interrogarlos. Marco conceptual inicial que en muchos casos terminó transformado por el discurso mismo de los jóvenes. Así que inducción, deducción, comprensión e interpretación formaron parte de un único proceso a partir del cual se centraron los esfuerzos para dar una explicación de lo estudiado.

En principio, siguiendo lo que Maffesoli (1997) recomienda, el estudio estuvo guiado por la intuición. En este sentido se intentó como investigadora asumir el reto de convertirse en eso que él llama “husmeador social” para poder ver lo instituyente y no sólo lo instituido social y teóricamente. Es decir, para poder ver más allá de lo que institucionalmente, teóricamente y en el mundo adulto se dice acerca del “ser joven”. Esto no quiere decir que se enfrentó la vivencia de observar con la creencia de una supuesta neutralidad de parte del investigador y pensando que lo observado es exactamente lo que ocurre. Por el contrario, hubo conciencia de que se pertenece a ese mundo adulto, con hijos y temores, y que, aun como investigadores, se está cargado de las propias representaciones, lo que hace aun más difícil mantener una actitud de vigilancia sobre el proceso de conocimiento así como asumir que en los lentes que se usan para mirarlos hay un cristal hecho de los aprendizajes sociales de quien investiga.

En este sentido, y en el caso particular de los estudios sobre los jóvenes, uno de los retos epistemológicos básicos para el investigador es trascender sus propias representaciones acerca de los sujetos-objetos que investiga, las cuales están edificadas sobre la vivencia en un mundo adulto y desde el lente de una generación distinta que, en muchos casos, si no se sostiene una vigilancia sobre ello, se convierte en un obstáculo para la comprensión e interpretación de esos procesos de interacción social y simbólica que ocurren en el mundo de los jóvenes. Esto amerita una constante reflexión y cuestionamiento acerca del conocimiento que se está produciendo para estar atentos a los juicios personales y no perderse y confundir las representaciones propias con las de ellos.

Por supuesto, se tiene la conciencia de que en el sustento de la perspectiva adoptada está la influencia de enfoques como el de la fenomenología de Husserl, Schutz y otros (Briones, 2000) y también de autores más contemporáneos como Geertz (1995), Giddens (1987), Luhmann (1996) y Mafessoli (1997) cuyas posturas epistemológicas más importantes pueden resumirse en las siguientes ideas:

Primero, el rechazo a la separación de sujeto y objeto en el proceso de conocimiento. Ambos forman parte de un mismo proceso si se toma en cuenta que, por una parte, el objeto es también sujeto puesto que nada de lo que se sucede en el “mundo real” sucede fuera de la acción del sujeto y, por otra, esa acción del sujeto que crea objetos al mismo tiempo transforma al sujeto en la medida que actúa sobre él.

Segundo, la idea de que existen múltiples realidades construidas por múltiples sujetos, lo que hace que el conocimiento sea relativo y que, por lo tanto, no exista una única verdad sino tantas como sean las representaciones construidas a partir de las distintas experiencias y contextos en los que se desenvuelven los sujetos.

Tercero, el investigador se ocupa de un universo que ya está constituido por los sujetos y los reinterpreta dentro de sus esquemas teóricos, para de esta manera poder comprenderlos y explicarlos, aunque sin apartarse de las significaciones particulares que las acciones sociales tienen para los sujetos. Esto conllevó, en el proceso de investigación, a tener conciencia del problema planteado por Geertz (1995) sobre dos hechos importantes acerca del estudio de los procesos culturales: Uno, que las descripciones que se hacen de determinada cultura deben encararse atendiendo, por una parte, a los valores que se supone tienen los sujetos de esa cultura y, por otra, a lo que ellos usan para definir lo que sucede. En este sentido es necesario, entonces, tener en cuenta que son realidades producidas en un contexto determinado y por lo tanto situadas. Asimismo, que la significación varía de acuerdo al mundo de vida que lo informa. Dos, que hay que estar conscientes que sólo se tiene acceso a esa pequeña parte a la que los informantes refieren, por lo tanto es imposible creer que pueda establecerse “la verdad” o buscar la esencia de una determinada cultura para generalizar.

Cuarto, y esto es especialmente importante en el caso de los estudios culturales, la idea de que el investigador construye una lectura del proceso mediante el cual los hombres elaboran los significados. En este sentido la idea de “acción simbólica” (Geertz, 1995:24) adquiere relevancia en la medida que se entiende que toda acción humana es construida simbólicamente y está llena de significaciones que proveen de sentido a las acciones. Pero, para evitar caer en el subjetivismo, no debe perderse el contacto con el contexto –como dice Geertz, con “las duras superficies de la vida” (1995: 40)–, que posibilita situar estas acciones dentro de un marco comprensible y significativo. Considerar las dimensiones simbólicas de la acción social no es, según Geertz, caer en el esteticismo sociológico, ni “apartarse de los problemas existenciales de la vida para ir a parar a algún ámbito empírico de formas desprovistas de emoción” (Geertz, 1995:40). Por el contrario, se trata, según él, de sumergirse en ese contexto para tener acceso a las respuestas dadas por otros.

Por ello, desde la perspectiva de Geertz, la lógica de funcionamiento de la teoría en una “ciencia interpretativa”, en el caso del estudio de la cultura, consiste en “establecer la significación que determinadas acciones sociales tienen para sus actores y enunciar, lo más explícitamente posible que se pueda, lo que el conocimiento así alcanzado muestra sobre la sociedad a la que se refiere y, más allá de ella, sobre la vida social como tal” (Geertz 1995:37). La doble tarea del investigador consiste entonces, dentro de esta perspectiva, en “descubrir las estructuras conceptuales que informan los actos de nuestros sujetos, lo ‘dicho’ del discurso social y en construir un sistema de análisis en cuyos términos aquello que es genérico de esas estructuras, aquello que pertenece a ellas porque son lo que son, se destaque y permanezca frente a los otros factores determinantes de la conducta humana” (Geertz, 1995:37).

Esta posición de Geertz acerca del conocer hay que matizarla con la idea de que hoy esas estructuras de sentido son cada vez más precarias y que la acción social tiene una mayor tendencia a estar orientada por la incertidumbre y el cambio, lo que hace difícil de sostener la idea de permanencia del sentido y de inmanencia de las estructuras que informan la construcción del sentido. Sin embargo, lo que interesa destacar es esa idea de que el acceso al estudio de esas significaciones es posible a través del discurso social, y apuntar que tal idea ayudó en esta investigación a centrarse en el papel de las narraciones y a entender que, al narrar, el sujeto se construye a sí mismo y al otro.

También contribuyó a entender el cómo estas narrativas pueden ponerse en escena a través de diversos dispositivos que, en el caso de las identidades juveniles, están inscritos tanto en los cuerpos como en otros lenguajes creados por ellos mismos y a través de los cuales se comunican entre sí y con el resto del mundo.

En el caso de este estudio, además, en el momento en que entraron en juego las narrativas de los jóvenes, la descripción y la comprensión fueron revalorizadas como elementos claves para la construcción de la lectura acerca del proceso mediante el cual los jóvenes construyen y comunican su mundo simbólico. Al mismo tiempo, se comprendió la importancia que tiene saber escucharlos en sus múltiples lenguajes.

Ahora bien, la accesibilidad a esas narrativas corporales, gestuales y habladas fue posible gracias al poder de la observación y a las entrevistas; aportes fundamentales que las metodologías cualitativas han realizado a la investigación en ciencias sociales y particularmente desde la antropología, con el desarrollo de procesos metodológicos como la etnografía, cuyas técnicas de recolección de datos son hoy utilizadas en diversas disciplinas y en contextos distintos para el que originalmente fue creada: El “mundo nativo”².

² En este cambio han tenido mucho que ver las variaciones que se han dado en los estudios antropológicos acerca de la concepción del otro. La antropología y en particular la etnografía ya no se ocupan sólo del otro extraño, lejano, sino que al interesarse por las sociedades modernas ese otro forma parte del mismo mundo del antropólogo o el etnógrafo y en este sentido ha cobrado fuerza la idea de la intersubjetividad y el valor de las técnicas etnográficas en diferentes disciplinas.

Por último, es importante hacer explícito que, tanto por sus supuestos teóricos como por lo que desde el inicio se ha expuesto acerca de la orientación epistemológica y metodológica, lo que se propuso es una investigación principalmente de carácter cualitativo, aunque –y esto es muy importante– sin descartar el recurrir a algunas generalizaciones de carácter cuantitativo cuando se creyó necesario y posible. En este sentido, se desea dejar claro que no se piensa que el uso de datos provenientes de la aplicación de técnicas de las metodologías cuantitativas este reñida y sea un pecado para los análisis cualitativos; por el contrario, se sostiene que esa discusión que se centra en la separación de ambas no tiene sentido, y que lo correcto es pensarlas no como confrontación sino como complementariedad. Para la autora de este trabajo, si bien lo que define el carácter de una investigación es la naturaleza del problema en estudio, así como la perspectiva de investigación y los supuestos epistemológicos que subyacen al proceso de producción de un determinado conocimiento, también considera que esto no puede manejarse con criterios que terminen convirtiéndose en una camisa de fuerza tal, que impidan la utilización de un dato, producido por uno u otro tipo de técnica, que el investigador crea necesario para ayudar a clarificar e ilustrar un aspecto determinado de su descripción, interpretación, explicación o para mostrar la tendencia de un fenómeno determinado.

Así el trabajo de campo fue entendido en los términos expuestos por Díaz de Rada y Velasco (1997) es decir, como “una situación metodológica y también en sí mismo un proceso, una secuencia de acciones, de comportamientos y de acontecimientos” (Díaz de Rada y Velasco, 1997: 18). Por ello, el trabajo de campo pasó a constituir no sólo un procedimiento para producir los datos sino toda una situación metodológica y de experiencias en las cuales la investigadora se vio involucrada. Desde ese punto de vista, el trabajo de campo implicó una constante y necesaria tensión entre la proximidad y la distancia necesaria para, aún formando parte de la misma escena, no perturbar el proceso de investigación y poder distinguir entre lo importante y lo accesorio, especialmente en el momento de la observación.

La observación se convirtió en la clave para identificar los distintos grupos y poder captar los usos del espacio y las prácticas simbólicas a partir de las cuales los jóvenes se apropian de los espacios del *mall*, se comunican e interactúan. En este sentido fueron establecidas dos dimensiones en la guía de observación. Una que llamamos dimensión de uso, a través de la cual se construyó una cartografía del *mall* y se identificaron los días de mayor afluencia de público joven, las horas de llegada y salida, los medios de transporte para trasladarse al sitio, los espacios de encuentro, los itinerarios, los lugares de mayor concentración y reunión, las vitrinas y las tiendas preferidas y el tiempo de permanencia. La otra dimensión, la constituyó la observación de las prácticas simbólicas de los grupos de jóvenes estudiados y en las cuales se incluyeron el *look*³, las prácticas de socialidad, los recorridos por las vitrinas, los gestos, los ritos, el uso del cuerpo como lenguaje, el consumo de productos, y todo el conjunto de iconos y símbolos que acompañan sus procesos de interacción simbólica.

³ El *look* se refiere a la imagen corporal que los jóvenes construyen a partir del vestuario, los cortes del cabello y el peinado, el maquillaje, los objetos con los que adornan o tatúan su cuerpo. El *look* es un medio –quizá el más eficaz y expedito– para establecer sus distinciones.

Se trató de una *observación participante*, en la medida en que la investigadora actuó como parte del conglomerado de personas que diariamente van a esos centros comerciales, incluyendo el ejercicio de algunas de sus prácticas con la finalidad de poder tener acceso a ellas, tal como es el caso, por ejemplo, del recorrido por las vitrinas y detenerse al mismo tiempo que ellos, el consumo de algún producto en una tienda o en la feria de la comida, sentarse en los mismos sitios o en sitios cercanos a ellos y en algunos casos establecer conversaciones informales. Este trabajo de observación se vio limitado debido a que en algunos momentos la investigadora no encajaba dentro de las prácticas de los jóvenes por el contrario, cualquier intento muy cercano en algunas ocasiones resultaba contraproducente debido a la condición de adulta o de extraña al grupo, produciendo desconfianza y temor.

Pero aunque la situación señalada anteriormente funcionó como limitación, se convirtió en un aprendizaje importante en el sentido de que, por un lado, permitió corroborar cómo el conflicto generacional puede funcionar como un obstáculo en el proceso de investigación y por otro, en el caso específico de esta investigación, ayudó a entender en parte la importancia que adquiere el conflicto intergeneracional en la producción del otro (como extraño y diferente) en el proceso de construcción de las identidades y diferencias juveniles. Además, frente a esa desventaja es importante expresar que esta situación, al mismo tiempo, favoreció el mantener cierta distancia, también necesaria, con algunas situaciones observadas y estudiadas.

Aparte de la guía de observación, también se usó un diario de campo que se escribió en dos tiempos. Unas primeras anotaciones hechas *in situ* sirvieron para registrar de manera muy rápida y breve las situaciones y conductas más significativas para el trabajo. Otras fueron hechas una vez finalizado el tiempo de observación de cada día y consistían en una descripción más densa, es decir, una descripción más detallada de lo observado y al mismo tiempo las reflexiones, lecturas e interpretaciones que sobre esas situaciones habían surgido.

Para finalizar, respecto a la observación es importante apuntar que ésta también fue hecha en dos momentos. Una inicial, más libre, menos sistemática, con la finalidad de explorar situaciones e ir entrando al campo, y una sistemática, soportada en la guía de observación. Esta observación sistemática fue antecedida por la elaboración de un registro acerca de los días y horas de mayor afluencia del público joven, con el fin de hacer el muestreo de días y horas de observación.⁴

La observación, además, estuvo apoyada por la elaboración de una cartografía del *mall* para tener un mapa de cada uno de los *malls* y para registrar la intensidad de la presencia del público joven en los espacios en observación, así como sus itinerarios y recorridos. En algunos casos, como el del Centro Sambil

⁴ El resultado fue que los días de mayor y variada afluencia de jóvenes eran de jueves a domingo y la intensidad se incrementaba los días viernes y sábado. Respecto a las horas, se detectó que la llegada de mayor cantidad de público joven se iniciaba a las 6 pm, aumentando su intensidad entre las 7 y las 8 pm para luego disminuir un poco. Los jóvenes en su mayoría permanecen allí hasta alrededor de las 11pm, que es la hora de cierre. Este registro se realizó por espacio de tres semanas en distintos días y horas. Con esta información se seleccionaron entonces los días y horas de observación más adecuados a los propósitos de la misma.

Maracaibo, esta tarea se facilitó porque existía un mapa interno elaborado por la administración de ese centro comercial, pero en el resto de los *malls*, es decir Galerías Mall, Centro Lago Mall y Doral Center Mall fue necesario hacer la cartografía completa debido a la imposibilidad de tener acceso a algún mapa o a los planos del espacio.

La otra técnica usada para producir información fue la entrevista no estructurada. Esta también fue diseñada y realizada en dos momentos: Un momento inicial de la investigación en donde se hicieron conversaciones con los jóvenes que fueron grabadas y que ayudaron en principio para acercarse a los grupos de jóvenes, seleccionar los informantes, contactarlos y elaborar la guía de las entrevistas, y un segundo momento en el que, seleccionados los informantes, se aplicaron entrevistas en profundidad.

La escogencia de la entrevista como herramienta de producción de información obedeció, al igual que la observación, a la perspectiva epistemológica y metodológica adoptada, pero además, a la concepción teórica sobre las identidades, es decir a la concepción de que las identidades son construidas y recreadas por los sujetos a través del relato de sus experiencias y de las imágenes que tienen de sí mismos y de los otros. En este sentido, se consideró que la entrevista era la técnica adecuada, porque en ella se le otorga centralidad al relato del sujeto entrevistado y, como lo exponen Blanchet y Gotean (citados por Baeza, 1999), en la entrevista la persona solicitada “no entrega un discurso ya constituido sino que lo construye hablando, operando una transformación de su experiencia cognitiva” (Baeza, 1999:51). Elaboración en la cual es muy importante que el investigador tome en cuenta que se trata de una experiencia situada en la cual el sujeto construye un discurso para el investigador y, por lo tanto, éste está mediado por elementos tales como las intenciones, los prejuicios, las barreras culturales y la atribución de roles y status que el sujeto percibe –o más bien, imagina– en la interacción entre él y el investigador.

Así, aunque en las entrevistas se intentó restringir el rol de la investigadora a la invitación a un relato y a un saber escuchar, también ésta se reservó la posibilidad de hacer preguntas para orientar los relatos hacia los temas establecidos inicialmente en la guía de observación y como elemento motivador para seguir profundizando en el tema o la situación narrada. En este último sentido, en algunas ocasiones hubo que volver a recurrir a los entrevistados para repreguntar sobre aspectos de los relatos en los cuales se sintió esa necesidad.

Las entrevistas se iniciaron exponiendo a los entrevistados de qué se trataba la investigación, cuáles eran sus propósitos, con la finalidad de lograr su aprobación y poder establecer una cita. Esta manera de proceder a través de citas se debió a las barreras que se encontraron inicialmente para que los jóvenes atendieran la petición de aislarse del grupo para conversar con la entrevistadora, especialmente cuando estos se percataban de que las entrevistas tenían un tiempo de duración mayor a una hora. En cambio, eran más colaboradores cuando se les planteaba la libertad de escoger el momento y el lugar que ellos quisieran. Aquí resultó muy importante comprender sus prioridades y algo fundamental: sus deseos de hablar y narrar sus experiencias.

Esta manera de proceder trajo como dificultad que el tiempo estimado para hacer las entrevistas se alargara por espacio de unos seis meses, ya que en repetidas oportunidades sucedió que algunos jóvenes suspendían sus citas, lo que obligaba a esperar o a buscar otro informante. Sin embargo, se ganó en profundidad ya que los jóvenes que accedían en su mayoría lo hacían ansiosos de contar sus experiencias; especialmente los “roqueros”, los “skaters” y los “gays”, quienes expresaron sentir que acceden a una oportunidad para hablar de ellos a un mundo que los ignora.

Otro elemento limitador tuvo que ver con el contexto en el que se desenvuelven los informantes tal y como ocurrió con las dificultades para entrevistar a algunos jóvenes de los llamados “pavitos” o “fresitas”. Estos y estas jóvenes mostraron, cuando se estableció el primer contacto con ellos(as) en el *mall*, una actitud bastante recelosa respecto a las intenciones de la investigadora; incluso algunos de estos y estas jóvenes que accedieron a la entrevista y proporcionaron sus números de teléfono para acordar una fecha de la entrevista, posteriormente se negaron a conversar y confesaron que suspendían la entrevista porque sus padres no estaban de acuerdo con que ellos dieran información a extraños.

Esta muestra de desconfianza y en algunos casos de miedo llevó a indagar con los propios jóvenes acerca del porqué se negaban a acceder a las entrevistas y sobre la razón de estas actitudes. De esta forma se llegó a detectar que el contexto de desconfianza, incertidumbre y polarización política que existe en Venezuela estaba privando en sus negativas, puesto que muchos de ellos pensaban que, aunque se tratara de una investigación de la universidad, esta podía ser usada por el gobierno o algún otro grupo político para otros fines desconocidos.

Para poder entonces conseguir las entrevistas con algunos jóvenes ubicados en este grupo se recurrió, en algunos casos, a jóvenes cercanos a nuestra familia para, a través de ellos, poder generar en otros jóvenes la confianza necesaria para lograr estos relatos.

Otro factor que influyó en otros casos y que limitaba conseguir que los jóvenes narraran sus experiencias fue, al igual que en el proceso de observación, la brecha generacional entre ellos y la investigadora, así como la condición de profesora de ésta última; razón por la cual en algunas ocasiones se recurrió al apoyo de una socióloga joven y ex alumna que recibió el entrenamiento previo necesario para realizar esta tarea.

La conclusión de esta experiencia en el proceso de investigación resultó ser la reafirmación de la idea de que cada proceso de investigación es único en las experiencias que se viven, así como la enseñanza de que no existen recetas y que la propia dinámica de investigación va pautando y transformando las estrategias para producir la información que se necesita.

Para finalizar esta reflexión, es muy importante señalar que las experiencias vividas como limitaciones en este proceso de investigación se convirtieron en fortaleza al ayudar a comprender que el proceso de conocimiento es un proceso de producción intersubjetivo en la medida en que no se trata sólo de la elaboración de un discurso por parte de un determinado sujeto, sino también de la producción

de sentido en una interacción situada y condicionada entre el sujeto estudiado y el investigador; situación en la cual ambos son transformados.

Del cómo mirar los procesos de construcción de identidades juveniles en tiempos de globalización. Algunas conclusiones teórico-metodológicas desde la experiencia de investigación empírica

“La “juventud” sólo es una palabra”, expresó el sociólogo Pierre Bourdieu (2000) para referirse a que la juventud no es un dato, sino que se construye socialmente en la lucha generacional y en el contexto en que a determinadas generaciones les toca vivir. De allí que hablar de los jóvenes como una categoría homogénea resulta, como lo dice el propio Bourdieu, “un abuso del lenguaje” y un obstáculo para entender las diversas maneras como los jóvenes construyen sus identidades.

Así, la primera idea que se desea rescatar aquí como conclusiones de los resultados del proceso de investigación, es que hay distintas maneras de ser joven, no sólo porque se mostró en la diversas formas de construir identidades por parte de los grupos que se estudiaron, sino por la conciencia de que ellos forman parte de un universo social diferenciado y de experiencias y prácticas distintas a las de muchos otros jóvenes que habitan en la ciudad.

Esta conciencia conduce a invitar a realizar investigaciones de carácter empírico acerca de los jóvenes, pues sólo así se estará en capacidad de dar cuenta del universo desigual y diferenciado sobre el cual se construyen las identidades juveniles. Como lo expresa Reguillo (2000), el análisis empírico de las identidades juveniles “al colocarse etnográficamente en las interacciones y configuraciones que van asumiendo las grupalidades juveniles, permite entender la enorme diversidad que cabe en la categoría ‘jóvenes’ y salir así de la simplificación de lo joven como dato dado” (Reguillo, 2000: 50).

Es por ello que en el trabajo de investigación que se realizó el concepto de identidades juveniles nombra la adscripción a una propuesta identitaria entendida como “el proceso sociocultural mediante el cual los jóvenes se adscriben presencial o simbólicamente a ciertas identidades sociales y asumen unos discursos, unas estéticas y unas prácticas” (Reguillo, 2000: 55).

Así, “roqueros”, “*skaters*”, “pavitos”, “*gays*”, son sólo algunas de las diversas maneras en que pueden encontrarse expresadas esas adscripciones en Maracaibo, y se dice que son sólo algunas maneras, puesto que hay muchos otros jóvenes que viven la ciudad y crean adscripciones a partir de otros espacios, como es el caso de los propios “roqueros” y “*skaters*”, que no se agotan en los grupos que observamos en los *malls*, sino que cuentan la ciudad desde la construcción de otro lugar, como el Paseo Ciencias⁵ o la calle, tal y como narra un joven “*skater*”, cuya experiencia transcurre en estos dos lugares mencionados:

⁵ El Paseo Ciencias se ubica en el llamado centro de la ciudad, al lado de la Plaza Bolívar, frente al Teatro Baralt.

[...] para todos los patinadores su espacio por origen es la calle, la calle es tu lugar y es una consigna para todo el que patina [...] ⁶

Las palabras citadas de este joven resaltan además otra de las conclusiones importantes. En esas adscripciones el espacio y las temporalidades son elementos claves para captar y entender las transformaciones que se han venido dando en las distintas maneras como los jóvenes construyen sus identidades. El barrio, la plaza, el centro de la ciudad siguen estando allí, algunos jóvenes los habitan, pero, junto a esos, otros espacios –incluso en algunos casos superpuestos, como es el caso de los *malls*– empiezan a desplazarlos como “territorios juveniles”. Como lo expresa el propio joven cuya entrevista se cita anteriormente, este proceso de desplazamiento ocurre porque:

[...] no tienes un lugar definido [...] y ellos van a patinar donde sea porque no hay lugar. [...] ⁷

y porque la inseguridad los expulsa de esos lugares. La calle es el peligro. Para él, sólo algunos desafían ese peligro y se encuentran, en sus propias palabras con “esa realidad” pues:

[...] vas a ir a encontrarte con gente que fuma *crack*, con gente que fuma marihuana, con las putas, con el coño ⁸ que está al lado, así es la calle de aquí, la calle aquí es así, este es el ambiente y hasta que no haya un parque, una institución o cualquier cosa, no va a cambiar [...] ⁹

Los *malls*, en contraposición a la calle, son para los jóvenes esos lugares purificados a los que se refiere Bauman (2006). Pero, al contrario de lo planteado por Bauman respecto a que en estos lugares las diferencias de afuera están “sanitarizadas” (Bauman, 2006: 107), para algunos de los jóvenes estudiados, en estos lugares no desaparece la diferencia y el conflicto. Por el contrario, como se evidenció a través de algunas de las narraciones de “roqueros” y “*skaters*”, la apropiación de estos espacios implica vivir cotidianamente el conflicto de enfrentarse a los guardianes del orden en los *malls*, para defender un territorio que no poseen en otros lugares de la ciudad por la inseguridad y la falta de políticas adecuadas en cuanto a la construcción de espacios de recreación. Así que la permanencia de muchos grupos de jóvenes en los *malls* no puede ser explicada sólo por la lógica del consumo y el mercado globalizado, sino que es necesario mirar la existencia de condiciones locales que hacen propicio el desarrollo de ese proceso de expulsión de los espacios tradicionales de encuentro y que dan lugar a procesos de “glocalización”.

En esa “realidad” del peligro que es la calle, como lo describe el joven “*skater*” citado anteriormente, es que los *malls*, para los jóvenes que aquí estudiamos, se

⁶ Entrevista a joven “*skater*” en el Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos de la Universidad del Zulia, el día 21 de mayo del 2005.

⁷ Ibidem.

⁸ En Venezuela, esta es una palabra “malsonante” de uso difundido, y es sinónimo de “tipo”.

⁹ Ibidem.

convierten no sólo en espacios para la acción (Bauman, 2006), sino en espacios de interacción social y simbólica, en espacios de socialidad.

Bauman (2006) afirma que en los *malls*, por muy atestados que estén de consumidores, no hay nada de colectivo, y describe los encuentros en estos lugares como “breves y superficiales: ni más prolongados ni más profundos que lo que desean los actores” y agrega que “El lugar está protegido contra todos los que puedan transgredir esta regla” (Bauman, 2006:106) y que “Las personas no se apiñan en estos templos para hablar y socializar” (Bauman, 2006:106). Pero, sin pretender quitar la razón a los planteamientos de este importante intelectual en cuanto a la lógica del consumo que predomina y se impone a quienes van a estos “templos del consumo”, como él mismo los denomina acogiendo la expresión de Ritzer (2000), lo cierto es que si el investigador sólo se detiene en la observación de la lógica dominante pierde la posibilidad de ver aquellas prácticas de sentido que desafían a dicha lógica y que la contradicen, tal y como es el caso de las prácticas de apropiación y de socialidad que establecen algunos grupos de jóvenes analizados en la investigación realizada.

Para los jóvenes, los *malls* no son “espacios vacíos” (Bauman, 2005:111) a los que no se les adscribe sentido alguno. Por el contrario, con sus prácticas se apropian de ellos para llenarlos de sentido a través de sus experiencias de encuentros plenas, paradójicamente, de afectos y conflictos, que en algunos casos finalizan bien sea con la defensa de lo que consideran su territorio, como por ejemplo ocurre con los “*gays*” en Galerías Mall o con el abandono del espacio y/o con su combinación con otros itinerarios en la ciudad “llena de peligros”¹⁰, así como en otras ocasiones con la implementación de estrategias de negociación con el personal de seguridad para su permanencia en el *mall*, tal y como ha ocurrido en algunos casos en el Doral Center Mall.

En este contexto de análisis de las prácticas espaciales y de la producción de sentido del espacio que hacen los jóvenes estudiados es que se consideró esclarecedor el debate acerca del concepto de “desterritorialización” y el aporte que algunos autores (Mato, 2004) han hecho a este respecto. Así términos como “re-territorialización”, “transterritorialización” o “multiterritorialización” se han considerado más apropiados para comprender la dinámica de relación entre producción y transformación de espacios, prácticas espaciales, apropiación de territorios y los procesos de construcción de las identidades juveniles en el contexto de una dinámica urbana signada por procesos crecientes de globalización. Estos conceptos permiten comprender, como expresa Mato (2004), que ningún fenómeno o proceso por muy alejado que esté geográficamente está flotando en el espacio sideral y que lo que ocurren son transformaciones tanto en los referentes territoriales como en las prácticas espaciales de los actores. También permiten mirar la producción del espacio más allá de las oposiciones global /local en la medida en que se considere la idea de que la dinámica de producción de los espacios urbanos en el contexto de la mundialización cultural está caracterizada, como lo expone Ortiz (1998), por la “transversalidad” en donde no existen pares opuestos, sino un “conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados” (Ortiz, 1998:34).

¹⁰ Para usar una expresión del joven “*skater*” que hemos citado anteriormente.

Desde la perspectiva planteada es que se puede entender tanto las transformaciones que con sus prácticas espaciales y simbólicas hacen los jóvenes estudiados de los espacios de los *malls* para llenarlos de sentido e inventar nuevos territorios para encontrarse y estar juntos en lo afectivo, como la coexistencia que ellos establecen entre estos espacios y otros de la ciudad, como la plaza, la discoteca, la calle, una vez que el conflicto con el personal de seguridad les obliga a regresar a estos lugares, como es el caso encontrado en las narraciones de algunos “*skaters*”, o para seguir juntos divirtiéndose en la noche, como es el caso por ejemplo de algunas “pavitas”, “roqueros” y “*gays*”.

Otro aspecto importante a rescatar en la comprensión de las prácticas espaciales de estos jóvenes en el *mall*, es que se trata de una apropiación física y simbólica en donde opera una identidad con el espacio construida a través de determinadas prácticas de socialidad y de la vivencia cotidiana y la experiencia afectiva con el grupo. Pero, para no caer en romanticismos que poco ayudan a ver la otra cara de la moneda, es importante apuntar que también las prácticas de estos jóvenes son absorbidas por el mercado a través de estrategias comerciales para atraerlos a sus espacios y en este sentido, por ejemplo, los encargados de la gerencia de mercadeo en algunos *malls*, propician encuentros de “roqueros” a través de la organización de eventos en donde se presentan grupos de *rock* de los más populares entre los “roqueros” y *skaters*¹¹ de la ciudad.

El observar las dos caras de la moneda permite rescatar para el análisis lo significativo de la complejidad de estos procesos en donde no hay sujetos pasivos, sino prácticas simbólicas de apropiación de espacios tanto apegadas a la lógica del mercado, como de producción y transformación de dichos espacios por los mismos sujetos. Tales prácticas están a veces incluso caracterizadas por el predominio de resistencias y conflictos, tal como se vio principalmente en las narraciones de algunos jóvenes “roqueros”, “*skaters*” y “*gays*”.

Así, no todos los que van a los *malls* forman parte de esa “comunidad ideal imaginada” de consumidores que, según Bauman: “no conoce la diferencia” (2005:108) o diferencias que impliquen enfrentamiento con la otredad del otro, negociación, esclarecimiento. Por el contrario, los jóvenes construyen, a partir de la apropiación de estos espacios y de sus prácticas, sus diferencias e identidades, razón por la cual resulta imposible hablar de una masa homogeneizada y compulsiva entregada al placer del mercado.

Se determinó que la frecuencia con la que la mayoría de los jóvenes van a los *malls* no obedece, al menos conscientemente, a la necesidad de ir de compras, sino a las necesidades de socialidad, y que en sus prácticas el consumo es fundamentalmente simbólico. A través del valor asignado a los objetos se construye la diferencialidad que no se queda en el vestir mismo, sino en la elaboración de representaciones sobre lo que cada uno desea comunicar de sí mismo a los otros y viceversa. Los objetos se tornan valiosos en la medida en que se les atribuyen significados y sirven para tal fin. Así, *piercings*, tatuajes, cadenas, franelas unicolores “Ovejita”—icono de lo “local”—o bien con motivos “globalizados”

¹¹ Es importante recordar que las adscripciones de los jóvenes a un grupo no necesariamente descartan su interacción con otros, como ocurre con los “*skaters*” y “roqueros”, cuyo gusto por la música es compartido.

que van desde la imagen del Che Guevara, hasta Madonna, Marilyn Manson, o Eminem; peinados con crestas, pintados, largos, con gelatina, despeinados o secados de peluquería, faldas cortas, largas, pantalones ceñidos al cuerpo o anchos, franelas cortas o largas, maquillaje gótico o colores pasteles forman parte de una escena en la que el cuerpo adornado adquiere centralidad en los ritos de encuentro y de aceptación. “Las mercancías sirven para pensar” (Douglas e Isherwood, 1990:77), porque los objetos adquieren valor en la medida en que sirven para construir la imagen que les identifica y que desean comunicar. Al mismo tiempo, estas escenas que reiteradamente se entrecruzan en los espacios del *mall* hablan de la heterogénea manera de vivir y ser joven que existe en el complejo mundo de las identidades juveniles.

Al *look* y al estilo se agregan el gusto por la música, las patinetas, los programas de televisión y los ídolos compartidos como símbolos de identidad grupal. De esta forma, el vestuario, la música, los objetos que adornan el cuerpo no sólo sirven para exhibirse y marcar sus adscripciones, sino que portan, para ellos, una manera de entender el mundo y su diferenciación con otros, tal como se observa en las opiniones que unos jóvenes expresan sobre otros a partir de las maneras como cada uno se viste o incluso la forma como se colocan los objetos en el cuerpo.

Los objetos pasan a formar parte de las mediaciones necesarias para construir una comunidad que incluso trasciende lo local para permitirles formar parte, gracias al poder de los medios y las tecnologías de comunicación, de nuevas “comunidades imaginadas” (Anderson, 1997) o “comunidades hermenéuticas” (Martín Barbero, 2000), esto es, nuevas maneras de sentir y expresar la identidad. Se es y se pertenece al grupo local con el que a diario se comparten las experiencias, pero al mismo tiempo, se es y se pertenece a otras comunidades de jóvenes en otros lugares con las que pueden comunicarse, o simplemente pueden imaginarlas a partir de lo que consumen por medio de la televisión o la Internet. Este es por ejemplo, el caso de los “*skaters*” y los “*roqueros*” quienes constantemente hacen referencias al surgimiento y desenvolvimiento de grupos similares a ellos quienes han conquistado en otros lugares lo que ellos desean para su grupo: un parque para “*skaters*” o la posibilidad de espacios y oportunidades para el *rock*. La mundialización de los imaginarios, como diría Ortiz (1998), opera aquí ligada a imágenes, música y valores que representan modos de vida distintos ligados a territorios que físicamente están fuera de lo nacional pero que los jóvenes resignifican y viven en lo local.

El seguimiento y las narraciones de los grupos estudiados ayudó a entender cómo en un contexto urbano y de crecientes procesos culturales globales los imaginarios se cruzan y las identidades son múltiples. Se puede ser “*roquero(a)*”, “*pavita(o)*”, “*skaters*” y “*gays*” y al mismo tiempo ser y estar orgullosos de ser maracuchos.

Lo anterior significa que la existencia de referentes juveniles tomados del mercado globalizado de mercancías y símbolos culturales no implica necesariamente la desaparición de los referentes locales. Esta cuestión es significativa para entender que los jóvenes pueden pertenecer a distintas “comunidades imaginadas” en el espacio de lo global y lo local, pero también son capaces de construirlas en los espacios intersticiales, en donde todos los objetos y símbolos se cruzan.

Esto quizá se deba a esa “plasticidad neuronal” que caracteriza, según Martín Barbero (2002b) a las generaciones de los jóvenes de hoy.

El concepto de consumo cultural, entendido como el sentido que quienes consumen atribuyen a los objetos y/o prácticas de consumo, se convierte así en una categoría clave para comprender las identidades y diferencias juveniles. De allí la importancia, para los objetivos del trabajo tuvo recordar el carácter ambiguo del uso que se ha dado a este concepto, con el cual se ha creado la idea de que existen bienes que son culturales y otros que no los son. Por el contrario, desde la perspectiva teórica asumida en este trabajo, no existen mercancías que al ser apropiadas por los sujetos no sean investidas de una dimensión simbólica, razón por la cual todo consumo es un proceso cultural. Por ello se propone entonces que la atribución del adjetivo “cultural” a ciertas prácticas de consumo dependa del sentido que quienes consumen le otorguen a los objetos (Mato, 2001).

Así, pudo observarse que para los jóvenes estudiados el “valor” de los objetos va en función de sus adscripciones identitarias. Como se observó al analizar las prácticas de consumo de los jóvenes que van a los *malls* y la relación de esas prácticas con la construcción de representaciones de identidades, los jóvenes a partir de sus necesidades de aceptación, reconocimiento y diferenciación buscan en ese mundo de bienes globalizados los referentes necesarios para constituir una parte de su yo que le permita ser igual o diferente a los otros. Desde el consumo se construyen distintas y variadas maneras de ser joven así como sistemas de representaciones y símbolos compartidos a partir de los cuales comunicarse con otros iguales o diferentes. Entre estos últimos se incluye a los adultos, a quienes, a través de sus maneras de vestirse, peinarse y su lenguaje corporal, comunican en muchos casos su voluntad de ser trasgresores del orden instituido.

La perspectiva que en la investigación se asumió sobre el consumo cultural y su relación con la construcción de las identidades juveniles ayuda, además, a presentar una visión distinta a aquellas que reducen a los jóvenes a seres hedonistas y consumistas, y a distanciarse del planteamiento simplista de quienes creen y sostienen que estas maneras de ser y estar de los jóvenes en esos espacios de consumo llamados *malls* sólo son parte de la cultura de una clase media “aburguesada” y atontada por el mercado, los medios y las transnacionales. Las diferencias juveniles no vienen dadas solamente por la “clase”. Tampoco se trata de jóvenes “sin ideas, ni valores”; son jóvenes de una generación diferente con distintos modos de entender el mundo y valores en torno a la política, la religión, la educación, la solidaridad.

Ciertamente, ellos no se plantean, en su mayoría, grandes transformaciones del mundo; no son, ni pretenden ser, los salvadores de la humanidad a partir de la participación política. Como pudo verse en las narraciones de los jóvenes entrevistados para la tesis doctoral, la política, desde su experiencia, divide, crea conflicto. En este sentido, defienden el derecho a su individualidad y a no situarse en la polarización política que existe en Venezuela. Rechazan la ideologización que les resta libertad de pensamiento, manifestando por ello el deseo de no someterse a la pertenencia a credos políticos. Sin embargo, no se les debe juzgar desde esquemas que los etiqueten como “individualistas”, puesto que más allá de su posición hostil a la política se afirman los valores de la solidaridad, del afecto, de la aspiración de un mundo más justo. Están dispuestos

a comprometerse con cosas más cercanas, como la lucha contra la explotación del carbón que contamina y afecta a las comunidades indígenas de la Sierra de Perijá¹², o a formar voluntariados para atender necesidades sociales, pero no a renunciar al derecho de pensar y de escoger ser “*skater*”, “roquero”, “pavita” o “*gay*”, aunque en muchos casos, como quedó en evidencia, esa escogencia forme parte de los procesos de homogeneización y diferenciación mediados por el mercado y los medios de comunicación.

Frente al “desencanto” y “malestar en la cultura” (Rodríguez, 1998), surgen otras formas de socialidad, maneras y motivos para estar juntos. Son, siguiendo a Maffesoli, (1996) “comunidades emocionales”, en cuya socialidad predomina la dimensión sensible y afectiva; idea que permite entender la forma de “masas tribus” en donde la agregación es por grupos. Aquí, el estar juntos es el motivo principal tanto para ir al *mall* como para realizar otros recorridos en la ciudad. Alrededor de las experiencias y sentimientos compartidos con el grupo ocurre y se define la existencia. Lo lúdico domina en la socialidad, no hay otra finalidad que no sea encontrarse y compartir con el grupo las experiencias de su mundo íntimo y cotidiano, pasarla bien, ser aceptado y sentirse libre del mundo adulto lleno de críticas y reglas. En este mundo desarrollan redes a nivel local y global, lo que les permiten estar con el otro física o virtualmente a través del *chat*.

En resumen, nuestra experiencia de investigación no hizo otra cosa que poner en evidencia las transformaciones y la complejidad de abordar el estudio de las identidades juveniles debido a las transformaciones en la centralidad de los referentes culturales para construirlas. Complejidad que a veces toma la forma o apariencia de contradicciones debido a que el pensamiento convencional y educado en clichés, que ha permanecido en algunos estudios sobre los jóvenes, no permite analizar un mundo tan complejo como es el de las identidades juveniles, donde el signo es, precisamente, la ambivalencia y la contradicción.

En el mundo de los jóvenes nada es lineal. Son rebeldes y al mismo tiempo se acomodan, se apropian de los espacios y de los signos y les dan nuevos significados, critican la religión y son creyentes, se definen como apolíticos y expresan su malestar contra las formas de ejercicio de la política y quienes la ejercen. Lo único cierto es el presente y ese presente más seguro es el afecto.

En definitiva, oírlos y escucharlos es la mejor política cultural que se puede tener y una vía, quizá fructífera, para entender desde dónde y en qué están ellos dispuestos a comprometerse con lo colectivo, en una cultura en donde predomina lo efímero. Igualmente, ello hace falta para poder transformar las instituciones que mayormente inciden en la construcción de sus referentes simbólicos y desde donde se generan muchos de los estereotipos equivocados sobre ellos: La familia, la escuela, los medios y los cuerpos represivos del estado.

Por último, se considera importante retomar la idea de que la apropiación, por parte de estos jóvenes, de ciertos espacios para convertirlos en nuevos territorios, invita a repensar sobre las distintas maneras en que se están construyendo nuevos itinerarios, nuevos territorios juveniles y nuevos imaginarios urbanos.

¹² La Sierra de Perijá está ubicada en el extremo suroccidental del Estado Zulia (estado cuya capital es Maracaibo), en la frontera con Colombia. Contiene un diverso ecosistema y es el hábitat de los pueblos yukpa, Barí y Japrería.

Por ello se sostiene que entre lo global y lo local, las dinámicas de producción del espacio se dan en un contexto determinado y tienen como protagonistas a los sujetos sociales y sus prácticas. De esa manera, los sujetos imprimen particularidades a ciertos espacios globalizados transformándolos y conectándolos incluso a su experiencia diaria, tal como, por ejemplo, ha ocurrido con la específica dinámica urbana y de prácticas espaciales y de apropiación que se observan por en ejemplo en un centro comercial de la ciudad denominado Galerías Mall, en donde los pobladores de la parte sur y noroeste de la ciudad lo han convertido en un lugar de tránsito a otros lugares de la ciudad, en una especie de terminal y le han impuesto las prácticas comerciales de los mercados populares e informales de la ciudad.

Este y otros ejemplos acerca de las transformaciones de los espacios urbanos en la ciudad de Maracaibo y sobre la dinámica de producción de algunos espacios, específicamente respecto a los territorios juveniles, llevan a plantear la necesidad de volver a mirar la ciudad más allá de sus cambios arquitectónicos. Se devela la importancia de considerar la dimensión inmaterial de estos cambios, en especial los imaginarios urbanos que están surgiendo.

Bibliografía

Avello, José y Muñoz, Antonio (2002). "La comunicación desamparada. Una revisión paradójica en la cultura juvenil". En Félix Rodríguez (Ed.), *Comunicación y cultura juvenil* Barcelona: Ariel.

Baena, Guillermina y Montero, Sergio (1995). "La identidad. Factor de construcción de imagen y credibilidad en la política". Ponencia presentada en el *XX Congreso Latinoamericano de Sociología*, México, del 2 al 6 de octubre de 1995

Baeza, Manuel (1999). "Metodología cualitativa en la investigación social y tratamiento analítico de entrevista". *Revista de ciencias sociales. Sociedad hoy*, 2-1 (2-3): 49-60.

Balandier, Georges (1975). *Antropo-lógicas*. Barcelona: Península.

Balandier, Georges (1999). *El desorden*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Balardini, Sergio (2005). *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. Recuperado en junio de 2006, de <http://168.96.200.17/ar/libros/cyg/juventud/balardini.doc>

Bauman, Zygmunt (2005). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Zygmunt (2006). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich (1999). *Hijos de la libertad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Benedict, Anderson (1983/1997). *Comunidades Imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre (2000). *Cuestiones de Sociología*. Madrid: SigloXXI

Briones, Guillermo (2000) *Epistemología y teoría de las ciencias sociales y de la educación*. Santiago: Centro Iberoamericano de Educación a Distancia.

Cazeneuve, Jean (1970). *Sociología de Marcel Mauss*. Barcelona: Península.

De Garay, Adrian. (1999). "La velocidad como identidad urbana". Recuperado en julio de 2005, de <http://www.difusioncultural.uam.mx/revista/nov99/Garay.html>

De Viana, Miquel; España, Luís; González, Lissette; Lacruz, Tito; Luendo, Nestor, Ponce, María et al. (2004) *Detrás de la Pobreza*. Caracas: Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales. Universidad Católica Andrés Bello.

Díaz de Rada, Angel y Velasco, Honorio (1997) *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Trotta.

Douglas, Mary e Isherwood, Baron (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo.

Follari, Roberto (2001) "Relevo en las ciencias sociales latinoamericanas. Estudios culturales, transdisciplinariedad y multidisciplinariedad". *Revista Diálogos de la comunicación* 63: 30-36. Recuperado en diciembre del 2005 de http://perio.unlp.edu.ar/seminario/nivel2/nivel3/6_%20Roberto.pdf

Feixa, Carles (2003) "Del reloj de arena al reloj digital. Sobre las temporalidades juveniles". En *JOVENes Revista de estudios sobre juventud*. 7 (19): 6-27.

Foucault, Michel (1973/1980) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y Ciudadanos*. México: Grijalbo.

García Canclini, Néstor (2000). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.

Geertz, Clifford (1995). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Giddens, Anthony (1967/1987). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Luhmann, Niklas (1996). *La ciencia de la sociedad*. México: Universidad Iberoamericana.

Maffesoli, Michel (1988/1996). *The time of the tribes*. California: Sage.

Maffesoli, Michel (1997). *Elogio a la razón sensible*. Barcelona: Paidós.

Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1998). "La construcción social de la condición de juventud". En Cubides, Humberto; Laverde, Maria, et al. (Edit): *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* Bogotá: Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC) - Siglo del Hombre.

Martín-Barbero, Jesús (2000) "Jóvenes: comunicación e identidad". Ponencia presentada en la *Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura*, Ciudad de Panamá, Panamá, 5 y 6 de septiembre de 2000. Recuperado el 08 de Abril de 2001 de <http://www.oei.es/barbero.htm>.

Martín-Barbero, Jesús (2002a). "Reconfiguraciones comunicativas de la socialidad y reencantamiento de la comunicación identidad". *Premier colloque franco-mexicain*- México, del 8 al 10 abril de 2002. Recuperado en Diciembre de 2004 de http://www.tematica.org/fichiers/t_article/108/article_doc_fr_re-configuraciones.pdf

Martín-Barbero, Jesús (2002b). De la ciudad mediada a la ciudad virtual. Recuperado el 13 de abril de 2002, de <http://www.immovarium.com/cultura/virtual/JMB.htm>

Mato, Daniel (2001) "Desfetichizar la globalización: Basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores". En Daniel Mato (Comp.): *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*. Buenos Aires: CLACSO, UNESCO.

Mato, Daniel (2004) "Una crítica de la idea de "desterritorialización basada en estudios de caso sobre procesos de globalización". - Conferencia inaugural: *Seminario: (Des)Territorialidades y (No)Lugares*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 4 al 6 de noviembre de 2004. <http://iner.udea.edu.co/seminarios/mato.pdf>

Morín Edgar (1997). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Muñoz, Germán (2005). "La integración de los jóvenes con las mediaciones tecnológicas de la infocomunicación". Ponencia presentada en el *XXV Congreso de la Asociación Latinoamérica de Sociología*, Porto Alegre, agosto 2005.

Ortiz, Renato (1998). *Otro territorio*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Pam, Nilan (2004). "Culturas Juveniles Globales". *Revista de estudios de juventud*. 64: 39-47

Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.

Ritzer, George. (2000). *El encanto de un mundo desencantado*. Barcelona: Ariel.

Rodríguez, José (1998). *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones en la crisis de la modernidad*. Madrid: Siglo veintiuno editores.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2002) *Culturas juveniles, narrativas minoritarias y estéticas del descontento*. Santiago: UCSH.